

# El ocaso radiante

*María de los Reyes Hernández Socorro*

Parece apropiado y sugerente rotular el comentario de la inconclusa y enigmática obra *La Piedad* (1868) del pintor galdense Antonio Padrón, parafraseando el título del poema del poeta sevillano Antonio Machado *Hacia un ocaso radiante*. En 1903 publica su primera obra: *Soledades*, un libro modernista de raíces simbolistas en la cual se engloba este poema.

A lo largo de esta poética composición, aborda la melancolía y el transcurrir del tiempo simbolizado en el camino. Machado se plantea el sentido de la vida, el por qué de nuestra existencia, y nuestro fin último, la muerte, ejemplificado en la figura del mar. El autor trata de plasmar sus sentimientos de melancolía y angustia de modo simbólico. La vida sigue presente, el agua continua su fluir, no está estancada, es decir, la vida sigue pasando sin haber llegado a la muerte, aunque, una vez que el agua llegue a la mar, la muerte aparecerá.

Padrón, por su parte, escenifica pictóricamente este proceso, también de modo metafórico, escenificando su introspección de soledades bajo la clásica temática de *La Piedad* a la que confiere una acepción muy personal y subjetiva. No se trata de plasmar la tradicional iconografía cristiana de la Madre- María sosteniendo el inerte cuerpo de su Hijo Jesús. Entendemos y sugerimos, en esta ocasión, que Padrón recurre al motivo religioso a modo de catarsis para expresar su estado de ánimo en un momento en que, mediante la acusada sensibilidad artística que le caracterizaba, pudo presagiar su prematura muerte. Pero intuimos que buscaba enmascarar algo más, que esta obra puede atesorar un secreto a voces que el pintor quiso expresar plásticamente, que no es otra cosa que la añoranza del amor a su madre, en la etapa final de su viaje vital.

**Ilustración 1** Estamos ante una obra que podemos considerar Piedad- Maternidad. La figura materna no es sólo María, estimamos que aunque puede querer emular la fuerza

y grandiosidad de cualquier Madre-Eva, alude a su propia madre, Josefa Rodríguez, a la que perdió cuando tenía 10 años, un año después de la muerte de su padre José Padrón. El sentimiento de orfandad desde la infancia, unido a su condición de benjamín en la familia (séptimo de ocho hermanos), debió de condicionar afectivamente al artista que moriría soltero, y sin haber tenido hijos. Basándonos en este sentimiento nostálgico de la existencia por parte del pintor, sobre todo ante la ausencia materna, planteo públicamente esta hipótesis que hace tiempo comenté con César Ubierna, cuando contemplé el cuadro en el Museo Antonio Padrón. En los últimos momentos premonitorios de su muerte, la quiere a su lado, desea que le pueda ayudar en ese duro trance final. Se trata, en consecuencia, de una vanitas neobarroquizante. Padrón se autorrepresenta como hijo doliente volviendo su geométrico rostro a la Madre, mostrando sus expresivas y unamunianas manos existencialistas. Pocas veces se interesó este artista por representar la figura masculina en edades maduras. Aquí no sólo figura a Cristo, sino que se autorretrata metafóricamente. Jesús moriría a los 33 años y Antonio, quince años después, prematuramente a los 48. Con esta edad se representa en un dibujo a tinta china sobre papel (Colección particular Gáldar), mostrando solamente la cabeza, con un pequeño bigote -también lo presenta la figura de Jesús- mirando a un lado y con gafas negras que no permiten ver sus ojos.



**Ilustración 2** ¿Por qué el pintor oculta su mirada?. Quizás la respuesta la podemos encontrar en la Madre de la Piedad, transmutada en su propia madre, que enmascara su rostro con una escénica máscara de resabios picassianos, que no permiten verlo. El artista sólo puede tener vagos recuerdos de la figura materna, su cara no importa. Es su grandiosidad la que alude a la representación materna, en forma de una sedente matrona clasicista, que cubre su cabeza con una canaria mantilla blanca, huyendo de la mantilla negra de luto, en armonía con el blanco paño de pureza del exánime hijo.

Ambas figuras se fusionan y unen por el dolor, como se percibe en la última Piedad que hiciera Miguel Ángel, la Rondanini

Con una estructura piramidal, como las piedades flamencas conservadas en Canarias por el comercio azucarero, Antonio Padrón teatraliza esta íntima puesta en escena del amor materno-filial como antídoto para vencer el temor a la muerte. No quiere estar solo, requiere la atención de su madre, cuyo enorme pie se aferra a la tierra, a la vida, y le acuna y abraza con sus manos entrelazadas, con desesperación, en un metafísico y nihilista espacio chirichiano. Si observamos la cabeza materna y la forma de disposición de los brazos y de unión de las manos en el pecho del hijo, podemos percibir un pentágono, elemento pitagórico que se identifica con la armonía en la salud y en la belleza y también con la estrella de cinco puntas, cuya cúspide se sitúa en el ojo derecho de la madre. Tiene connotaciones simbólicas y religiosas y alude asimismo al número áureo. No podemos dejar de considerar que el Pentateuco, el conjunto de los cinco libros de la ley hebrea -*Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio*- constituyen la base de las religiones hebrea, cristiana y musulmana.

Por lo que respecta al color azul del vestido materno, alude a la tristeza y a la melancolía, de la misma manera que lo utilizó Luján Pérez en sus Dolorosas. Esta figuración femenina, que consideramos una alegórica representación de la madre del pintor, alude asimismo a la mitológica Parca griega Átropos, encargada de que se cumpla el inexorable destino; la que corta el hilo de la vida. Es, en consecuencia, quien abre y cierra la puerta de la muerte, que significa dejar lo terrenal y acceder a la eternidad. Trance que Antonio Padrón quiere realizar con el eterno abrazo de su madre que, en la ficción de la obra pictórica, es posible y se convierte en realidad.

Esta Piedad- Maternidad recuerda a la obra escultórica *Madre con hijo muerto* de la artista Käthe Kollwitz (1867-1945), que se exhibe en el edificio de la Nueva Guardia de Berlín y que expresa la inmolación materna y el acatamiento del destino. Se trata de una Piedad laica en la que la autora se representa con su hijo fallecido en la primera guerra mundial, obra que se ha convertido en el monumento a la memoria oficial de las víctimas de la guerra y de la tiranía.



**Ilustración 3** Antonio Padrón había representado en los inicios de su trayectoria profesional, probablemente durante su estancia en la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando, una obra que también se conoce bajo el título de *Piedad* (1945-1949), propiedad de la Fundación de La Caja de Canarias, depositada en el Museo Antonio Padrón. Pensamos que el título no es el correcto. Representa una figura masculina, desnuda, que dormita. Detrás, aparece un montículo con un águila con las alas desplegadas en la parte superior. Junto a ella se encuentra una figuración femenina, vestida de rosa, revestida con una túnica que le cubre la cabeza. Curiosamente muestra parte del brazo izquierdo con forma de una especie de garfio. La figura del joven puede aludir al pintor que nos ocupa, y la femenina a su madre. La correcta catalogación temática de este lienzo es la visión de San Juan cuando estaba desterrado en la isla griega de Patmos “a causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Ap 1, 9), según el propio apóstol reseña en el Apocalipsis, lugar en el que tuvo visiones celestiales.

Muestra a un clasicista San Juan joven, siguiendo el modelo velazqueño de la National Gallery de Londres, desnudo y no vestido como es habitual en la representación de este asunto. La figuración femenina puede aludir a una de las apariciones que tuvo en la isla. Al estar dormido, esa visión se muestra como una ensoñación, con indefinido rostro, que pudiera aludir a la Virgen y, a la vez, a la propia madre del pintor.

A tenor de lo expuesto, encontramos dos lienzos conocidos como *Piedad* que esconden subliminales interpretaciones que van más allá de las meras obras de carácter religioso, una al principio de la carrera de Antonio Padrón y otra al final, en las que opinamos que no sólo puede percibirse la interacción entre lo sacro y lo profano, sino también la unión, en la ficción pictórica entre el artista y su progenitora.

En definitiva, creemos haber aportado, a partir de estas dos obras del singular artista galdense, una realizada en los inicios de su carrera y otra al final, (última obra pintada por este artista) una nueva lectura interpretativa de las que pueden ser consideradas Piedades «apócrifas» La de 1968, merece ser considerada su testamento pictórico, en la que a través de conceptuales geometrificaciones formales, Antonio Padrón nos pone de manifiesto la sentencia del poeta latino Horacio en una de sus Odas (3,30,6) *Non omnis moriar* (No moriré del todo).



ILUSTRACIONES:

- 1) La Piedad (1968). Óleo sobre lienzo. Casa Museo Antonio Padrón. Gáldar
- 2) Autorretrato de Antonio Padrón. Dibujo a tinta china sobre papel (Colección particular, Gáldar)
- 3) Piedad (1945-1949). Óleo sobre lienzo. Fundación La Caja de Canarias

# Sobre el cuadro *Piedad*

*Pedro Flores*

La muerte te encontró retratando la muerte.  
Él tiene treinta y tres, tú algunos más.  
Dicen que él resucitó al tercer día,  
tú no se sabe, pero más vale el silencio, el abismo,  
antes que un más allá sin caballetes ni trementina.  
Luego está ella,  
que no sabe si soltar el cuerpo de su hijo muerto  
para tomar en sus brazos el cuerpo de su creador,  
que eres tú  
(es tan extraño todo esto).  
Tal vez lo último que tus dedos sostuvieron  
fue el tubo de pintura roja  
del que brotaba la sangre del Mesías.  
Lo cierto es que la muerte acudió al reclamo de la muerte,  
y hay una mujer transida de espanto y de dolor,  
una virgen ajada y morena,  
una mujer isleña y salina como todas las tuyas,  
que no sabe si sostener a Dios en su regazo  
o salir de ese lienzo inacabado  
a cerrar los párpados de Antonio.